

JIDO
STAMO

PERFIL BIOGRAFICO DE MONSEÑOR JOSEMARIA ESCRIVA DE BALAGUER

025

OS ESCARTIN



DATOS BIOGRAFICOS

DATOS BIOGRAFICOS



ONSEÑOR JOSEMARIA
ESCRIVA DE BALA-
GUER Y ALBAS, nació
en Barbastro el 9 de ene-
ro de 1902. Hasta 1915
residió en dicha ciudad
junto con sus padres,

don José Escrivá de Balaguer y Corzán y doña Dolores Albás y Blanc. Traslada su familia a Logroño, Monseñor Escrivá de Balaguer continuó sus estudios de enseñanza media.

Estudió la carrera de Leyes en la Facultad de Derecho de la Universidad de Zaragoza, al mismo tiempo que realizaba los estudios eclesiásticos en el Seminario de San Carlos de esta ciudad. Recibió la tonsura clerical de manos del Cardenal Soldevila, Arzobispo de Zaragoza, que le nombró Superior del Seminario. Fue ordenado sacerdote el día 28 de marzo de 1925.

Poco tiempo después, desarrolla su actividad pastoral, durante unos meses, en dos pequeños pueblos de la diócesis de Zaragoza. Más tarde se traslada a Madrid, junto con su madre y sus hermanos, donde desarrolla su apostolado en un amplio campo que va desde la labor en suburbios y hospitales hasta la formación de jóvenes universitarios. El día 2 de octubre de 1928 fundó el Opus Dei.

Organizó algunas labores docentes privadas con posterioridad a la proclamación de la segunda República. Entre éstas destaca la Residencia de Estudiantes de la calle Ferraz. En 1934 publicó su primera obra, **Consideraciones Espirituales**, en la que recogía parte de su experiencia sacerdotal desde 1925. En este pequeño libro, precedente inmediato de **CAMINO**, con estilo directo, sencillo y lleno de doctrina y, sobre todo, de vida, colocaba al lector de frente a las

responsabilidades que el hecho de ser cristiano lleva consigo.

Como miles de sacerdotes, padeció persecución cuando comenzó la guerra civil. A pesar de ello, continuó su labor apostólica y sacerdotal, en Madrid primero y en Barcelona más tarde. En diciembre de 1937 llegó a zona nacional con un reducido grupo de los primeros socios del Opus Dei, después de meses llenos de riesgos y de pasar a Andorra a través del Pirineo en las noches de aquel invierno.

En San Sebastián, Pamplona y Burgos, continuó su labor. De esas fechas son los primeros trabajos que habrían de constituir el libro dedicado a **La Abadesa de las Huelgas**, obra de estudio histórico-jurídico. Por entonces preparó la primera edición de **CAMINO**, publicada en Valencia en el año 1939, libro en el que recogía la totalidad de su obra anterior, **Consideraciones Espirituales**, agotada hacía tiempo.

Junto a estas tareas, realizaba un amplio ministerio sacerdotal del que dan testimonio los muchos universitarios y personas de todas clases que buscaban su orientación espiritual, y sus largos viajes por toda España para llevar unas palabras de aliento a los que circunstancialmente se hallaban alejados de las ocupaciones habituales con motivo de la guerra.

Al terminar ésta, reanudó en Madrid su antigua labor, verdaderamente nunca interrumpida. Creó la Residencia de Estudiantes de la calle Jenner, y más tarde el Colegio Mayor de la Moncloa, así como numerosas residencias de estudiantes y colegios mayores en los demás distritos universitarios de España. Su espíritu apostólico le lleva a dirigir personalmente numerosos Cursos de retiro espiritual para distintos grupos de personas, entre los que se cuentan de modo especial los dedicados a sacerdotes de muchas diócesis españolas.

Desde 1946 reside en Roma, donde lleva a cabo la labor de dirigir el Opus Dei en las actividades que realiza en todo el mundo, al mismo tiempo que desempeña diversos trabajos encomendados por la Santa Sede. Antes de su marcha a Roma, había sido Rector del Real Patronato de Santa Isabel, profesor de Deontología en la Escuela Oficial de Periodismo y Consejero Nacional de Educación. Es doctor en Derecho por la Universidad de Madrid

y doctor en Sagrada Teología por la Pontificia Universidad Lateranense de Roma. Es miembro de la Pontificia Academia Romana de Teología, Prelado Doméstico de Su Santidad, doctor «honoris causa» por la Universidad de Zaragoza, miembro del Colegio de Aragón, hijo predilecto de Barbastro e hijo adoptivo de Pamplona y Barcelona.

El Papa Pío XII le nombró Consultor de la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades, y el Santo Padre, Juan XXIII, le hace más tarde miembro de la Comisión Pontificia para la interpretación auténtica del Derecho Canónico.

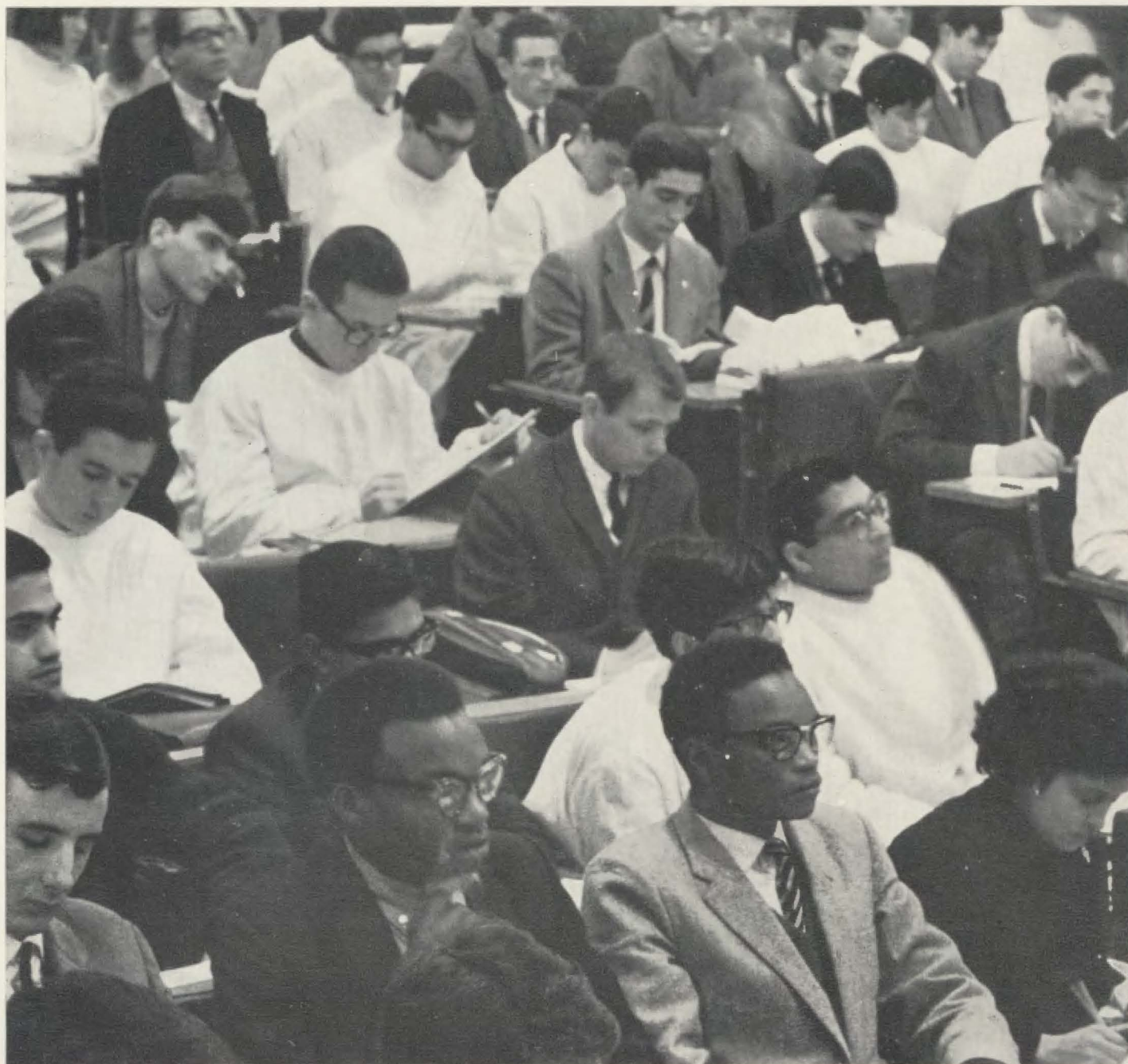
Son abundantes las obras realizadas bajo su iniciativa y dirección en todo el mundo.

Esas obras apostólicas, a las que nos referiremos más adelante, son muy variadas de acuerdo con las circunstancias de lugar y de tiempo, abiertas siempre a toda clase de personas sin distinción de raza, credo o ideología. Entre ellas pueden contarse centros de enseñanza universitaria, media y primaria; Casas para retiros espirituales y cursos de formación; residencias para estudiantes; escuelas de formación profesional y doméstica para la mujer; clínicas y dispensarios médicos; escuelas de enfermeras, de asistentes sociales y de secretariado y administración; centros de formación cultural y de capacitación profesional para obreros y campesinos; centros asistenciales y de beneficencia en zonas o países subdesarrollados; centros de catequesis, etc.

A pesar de la ingente labor realizada por Monseñor Escrivá de Balaguer, que comenzó su actividad pastoral como el sencillo sacerdote de una oscura aldea de Aragón, «la impresión perdurable que deja es la de un carácter humano y alegre que hubiese tenido mucho en común con Sir Thomas Moro», como señalaba acertadamente **The Times**, de Londres (20-VIII-59).

Desde la primera edición de su libro **CAMINO**, aparecida en Valencia en 1939, van impresos cerca de dos millones de ejemplares. Existen unas setenta ediciones en castellano, catalán, vascuence, francés, portugués, inglés, italiano, alemán, árabe, japonés, croata y escritura Braille. Están preparándose las traducciones rumana, holandesa, polaca, danesa, húngara, sueca, rusa, tagala, hebrea, china, armenia, albanesa, checa, finlandesa, gaélica, lituana y swahili.

*«... esas obras apostólicas, muy variadas de acuerdo
con las circunstancias de lugar y de tiempo,
están abiertas siempre a toda clase de personas
sin distinción de raza, credo o ideología...».
Una clase en la Universidad de Navarra.)*





RASGOS PERSONALES

RASGOS PERSONALES



N una biografía de Monseñor Escrivá de Balaguer se dice que quien a él «se acerque, siempre alcanzará a oír una palabra amable y esperanzadora, estimulante, firme, alegre, llena de sentido sobrenatural».

El periodista del *Times*, de Londres, que le entrevistó en el verano de 1959 dice que «pudiera creérsele diez años más joven. Su característica más sorprendente es, en cualquier circunstancia, la de una absoluta normalidad. No hay nada fanático o dominante en su forma de ser, ninguno de los distintivos que uno espera encontrar en un fundador o líder de hombres». Y más adelante añade: «ataca los asuntos de modo directo y personal; pero atiende más a las líneas de conjunto que al dato detallístico. Es hombre que se maneja con amplias directrices y rasgos audaces, y que delega el detalle con facilidad y confianza...». «...la impresión perdurable que deja es la de un carácter humano y alegre».

El espíritu de libertad en que fue educado, junto a las sencillas virtudes familiares que aprendió de sus padres, han dejado en su carácter señales indudables de humana comprensión, de amor a la laboriosidad, de naturalidad, que se manifiestan en la confianza en las personas, en la amabilidad en el trato, en su trabajo incansable y en su modo de proceder, en el que se notará fácilmente la ausencia de todo lo que resulte llamativo u ostentoso. A pesar de su dignidad, «viste un modesto traje talar, en el que apenas se distingue alguna nota que sea indicio de su dignidad jerárquica».

Atento a las inquietudes de nuestro tiempo, ha llevado a cabo dentro de la Iglesia una ingente labor, tanto en el terreno de la formación de las conciencias en un espíritu de responsabilidad, como en el terreno de la creación de múltiples instituciones educativas y asistenciales verdaderamente únicas en su género y posteriormente tomadas como modelo para otras muchas.

Es una de las personalidades que más han contribuido a la actual toma de conciencia de la Iglesia, pues su actitud, concepción y respeto de la personalidad y apostolado de los laicos, su predicación constante sobre la libertad de las conciencias, su amplitud de miras en relación con los no católicos, le sitúan

en la más estricta actualidad. Por ello puede comprenderse que una de sus obras más características, **CAMINO**, haya llegado a ser uno de los «best-seller» más interesantes de nuestros días.

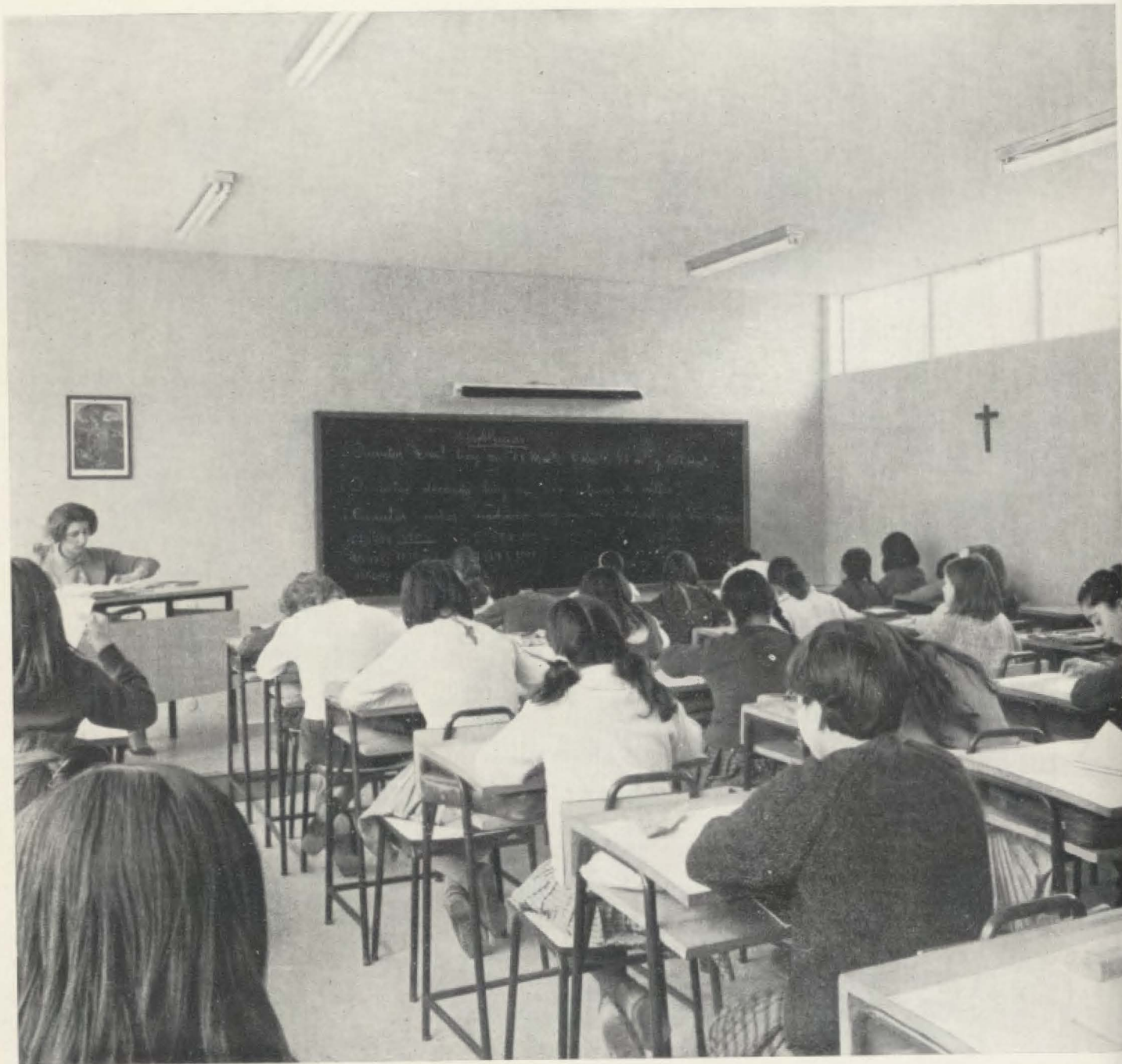
Con su apostolado personal y con la fundación del Opus Dei, se adelantó en decenas de años al planteamiento teórico y doctrinal de la acción de los laicos en la Iglesia. En España, muchas personas que lo trataron desde antes de 1936 señalan el hecho de que, en medio de la turbulencia política y social de aquellos años, llamaba la atención su enseñanza —limpiamente sobrenatural— sobre la necesidad de una labor profesional seriamente vivida como medio de santificación, realidad de valor sobrenatural y fundamento de un apostolado discreto y genuinamente laical. Esta doctrina —que hoy es común en la Teología— no fue entonces fácilmente comprendida y, más de una vez, encontró incomprensiones que nunca disminuyeron la alegría de su inquietud apostólica ni su constancia en predicarla con insistencia.

Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer, al fundar el Opus Dei, no pretende que sus socios se adhieran a una determinada táctica operativa o a una particular teoría, sino que se dediquen a la búsqueda de la perfección cristiana dentro y a través de la propia condición personal, familiar, social y profesional. Con ello, nace una espiritualidad que abarca todas las manifestaciones de la misma vida humana. Espiritualidad que puede ser vivida gozosamente «por una empleada suiza, un mecánico romano, un profesor universitario americano de color, un minero de Asturias, un campesino australiano, un periodista francés y un teólogo alemán», como acertadamente se ha escrito en una revista italiana.

Es, en frase de la misma revista, «pionero de la santidad de los laicos», pues, como es sabido, durante siglos se ha estimado que muy raramente era posible que los fieles corrientes estuvieran llamados en la Iglesia a una santidad y a una responsabilidad que llegaran más allá de la colaboración en pequeña escala con las tareas eclesásticas.

Las más actuales líneas del pensamiento teológico vienen a unirse a la labor que desde hace treinta y seis años ha constituido una realidad viva en el seno de la Asociación de la que Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer es fundador y primer Presidente General.

*«.. en el terreno de la creación
de múltiples instituciones educativas y
asistenciales verdaderamente únicas en su
género y posteriormente tomadas como
modelo para otras muchas». (Instituto
Laboral Femenino Senara, en Madrid.)*



«Nosotros tenemos la obligación de ir a todas las clases sociales. Y a los pobres. También a los que tienen pobreza espiritual, a los que tienen carencia de doctrina y de vida espiritual y del conocimiento del magisterio de la Iglesia».
(La Santa Sede ha encomendado al Opus Dei la Prelatura de Yauyos, Perú.)



UNIVERSIDAD DE NAVARRA
BIBLIOTECA DE HUMANIDADES



SIGNIFICADO
DE SU LABOR

SIGNIFICADO DE SU LABOR



UANDO se habla o se escribe sobre el Opus Dei, es preciso recordar, ante todo, que fue fundado por Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer en 1928, cuando no era más que un sacerdote que solamente tenía

«veintiséis años y buen humor», como él mismo dice cuando recuerda aquellos comienzos.

En esas circunstancias, y con la ayuda de Dios, empieza su trabajo, no como fruto de los estudios de un teórico más o menos clarividente, ni como una aportación táctica para llevar un poco más allá la influencia de la Iglesia en la sociedad, o en el mundo de la cultura, ni por la experiencia de quien ha emprendido muchas cosas y está de vuelta de algunas.

El mensaje que Monseñor Escrivá de Balaguer ha transmitido a través del Opus Dei, respira sencillez y hondura evangélicas. Los miembros de esta Asociación —es la doctrina del Fundador— aman el mundo porque Dios lo hizo bueno, porque salió perfecto de sus manos y porque —si algunos hombres lo hacen a veces malo y feo por el pecado— tenemos el deber de consagrarlo, de llevarlo, de devolverlo a Dios: **instaurare omnia in Christo, quae in coelis et quae in terra sunt, in ipso** (Efesios 1, 10). Todas las cosas de la tierra, pues, también las criaturas materiales, también las actividades terrenas y temporales de los hombres han de ser llevadas a Dios —y ahora, después del pecado, redimidas, reconciliadas—, cada

uno según su propia naturaleza, según el fin inmediato que Dios le ha dado, pero sabiendo ver su último destino sobrenatural en Jesucristo: **quia in ipso complacuit omnem plenitudinem inhabitare; et per eum reconciliare omnia in ipsum, pacificans per sanguinem crucis eius sive quae in terris, sive quae in coelis sunt** (Colosenses 1, 19-20). Monseñor Escrivá de Balaguer repetía por los años treinta a los hombres que se acercaban a su apostolado: «Hemos de poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas».

El panorama de vida espiritual que esta doctrina abría a las almas era, entonces, casi desconcertante: los laicos no sólo no tienen vedada la santidad, sino que se les ofrece en su mismo trabajo humano, transformado así en un encuentro cotidiano con Dios; la familia, la vocación profesional, el enraizamiento en las cosas de la tierra, no quedan «alienadas» al convertirse en camino de santidad, sino respetadas en su fin inmediato, y a la vez abiertas a su destino último sobrenatural; la vida espiritual no consiste en unos cuantos «actos de piedad», en unas devociones y en unas pocas obras de caridad, sino en sentirse hijo de Dios en todas las encrucijadas de la vida, en las ocupaciones corrientes que, por ser más humanas, son o resultan más entrañables.

Durante siglos se ha considerado que quienes tenían que llevar a cabo la tarea de anunciar al mundo el mensaje de Cristo, eran los eclesiásticos, mientras que los laicos constituían un elemento pasivo dentro de la Iglesia. Cuando, al paso del tiempo, la Iglesia es perseguida y arrojada de la sociedad por Estados y Gobiernos lai-

cistas, aparecen dos fenómenos colaterales. Por una parte, surgen asociaciones formadas por religiosos, que ocultan de momento su condición para poder actuar en las nuevas y difíciles circunstancias, adoptando formas similares exteriormente a las de los laicos; pero cuando estas circunstancias desaparecen, quieren ser reconocidos como religiosos. Por otra parte, se crean entonces asociaciones de laicos cuya única misión parece consistir en hacer un hueco en la sociedad donde pueda vivir la Iglesia. Se diría que estas asociaciones tienen una santa obsesión por la presencia política de los católicos en la vida de los Estados.

El Opus Dei, sin embargo, es un fenómeno completamente distinto de los dos anteriores. No obedece a una táctica ni a una situación. No es ni una forma «moderna» de la vida de los religiosos, ni una «longa manu» eclesiástica para llegar a donde no llegan los sacerdotes y religiosos. La idea de fondo de Monseñor Escrivá de Balaguer es muy otra: consiste en poner de manifiesto que la vida del fiel cristiano corriente **es apostólica desde su misma raíz**, y por eso no es preciso aguardar a contingencias difíciles para ponerla de relieve solamente en su aspecto instrumental. La educación de los hijos, el trabajo humano, los esfuerzos por el progreso de la civilización, la investigación científica y técnica, la enseñanza, como cualquier actividad humana, son una realidad apostólica. Y eso es, en definitiva, lo que constituye el núcleo de los afanes de los socios del Opus Dei, aprendidos como realidad viva de su Fundador.

Los signos de los tiempos preceden a las doctrinas y a los estudios afanosos de los pensadores. Cuando la Iglesia camina por senderos de ecumenismo, no es únicamente porque en la actualidad los pensadores se hallen en condiciones de establecer las bases suficientes para un posible diálogo con los que aún no llegaron a la fe. Hace muchos años que es realidad discreta, pero palpable, la existencia de cooperadores del Opus Dei que no son católicos, y que muestran suficientemente las fecundas posibilidades de un diálogo basado en la comprensión, el respeto a la libertad y a la amistad humana, trasunto indudable de la caridad de Cristo. «Violencia, nunca —ha dicho Monseñor Escrivá de Balaguer—. No la comprendo, no me parece apta ni para convencer ni para vencer: un alma que recibe la fe se siente victoriosa siempre. El error se combate con la oración, con la gracia de Dios, con razonamientos desapasionados, estudiando y haciendo estudiar!, y repito, con la caridad. Por eso, cuando alguien intentara maltratar a los equivocados,

estad seguros de que sentiré el impulso interior de ponerme junto a ellos, para seguir por amor de Dios la suerte que sigan ellos».

Si en el Opus Dei se ha vivido siempre esta actitud positiva ante los no católicos, es porque la enseñanza de Monseñor Escrivá de Balaguer, sobre la comprensión del cristiano para con todos los hombres, ha sido una constante en su labor apostólica: «La vida de los miembros del Opus Dei, por vocación divina, es apostolado: de ahí nace el deseo constante de convivir con todos los hombres, de superar en la caridad de Cristo cualquier barrera. De ahí, también, su preocupación por hacer que desaparezca cualquier forma de intolerancia, de coacción y de violencia en el trato de unos hombres con otros. Dios quiere que se le sirva en libertad y, por tanto, no sería recto un apostolado que no respetase la libertad de las conciencias». Ha dicho Monseñor Escrivá de Balaguer: «¿Que nos toleremos? No, que eso es poco. Que nos queramos. Tolerar: ¡qué palabra tan fea! **Caritas Christi urget nos**». He aquí otros textos del Fundador del Opus Dei sobre el espíritu de comprensión y de convivencia: «En nuestras labores de apostolado tenemos siempre bien abiertas puertas y ventanas; porque nosotros no hacemos nunca grupitos ni capillitas, ni miramos con recelo a nadie. Un alma del Opus Dei no puede tener ningún sectarismo: no podemos ser sectarios ni del Opus Dei». «No os quepa duda de que a veces creéis que tenéis razón y sólo tenéis una razón relativa. No lo olvidéis: un objeto que para uno es cóncavo, para los demás es convexo; depende del punto de vista. Por eso hay que ser muy comprensivos». «Por todos los caminos de la tierra nos quiere el Señor, echando la semilla de la comprensión, de la disculpa, del perdón, de la convivencia, de la caridad, de la paz». «La caridad está, sobre todo, en comprender. Yo he sufrido mucho: me he esforzado siempre en que me comprendieran y estaban empeñados en no hacerlo. Por eso quiero yo comprender a todos; tenéis que esforzaros en comprender a todos». «El amor a todas las almas ha de llevar a querer a todos los hombres, a comprender, a disculpar, a perdonar. Un amor que cubra todas las deficiencias de las miserias humanas. Una caridad maravillosa: **Veritatem facientes in caritate**». «El celo por las almas debe llevar a no sentirse enemigo de nadie, a tener un corazón amplio, universal, católico. Para nosotros no es una novedad del momento este modo de comportarse: nació con el Opus Dei, porque es de su misma esencia».

«... el Strathmore College de Nairobi (Kenia),
centro interracial preuniversitario».



IV

SU APORTACION A LA
LABOR SOCIAL Y EDUCATIVA

SU APORTACION A LA LABOR SOCIAL Y EDUCATIVA



ONSEÑOR Josemaría Escrivá de Balaguer suele señalar que el Opus Dei nació en los suburbios y hospitales de Madrid. Y también es significativo el hecho de que los primeros socios de la Obra hayan sido universitarios. El interés por los desposeídos y por la difusión de la doctrina, han

sido dos de sus afanes constantes: «**Pauperes evangelizantur** (Matt. XI, 5), los pobres son evangelizados. Es una de las características de la llegada del Mesías. Nosotros tenemos la obligación de ir a todas las clases sociales. Y a los pobres. También a los que tienen pobreza espiritual, a los que tienen carencia de doctrina y de vida espiritual y del conocimiento del magisterio de la Iglesia. ¿Más pobreza que ésta? Tenemos que ir a todos los pobres».

Esas dos inquietudes de su espíritu tienen su último fundamento en su interés por la dignidad humana y por los valores espirituales que se encierran en el trabajo del hombre, del que dan buena muestra el conjunto de centros que, fundados bajo su dirección e impulso, desarrollan su actividad en todo el mundo.

Así, por ejemplo, ha llevado a cabo la fundación de centros universitarios, como son: la Universidad de Navarra; Residencia Universitaria Internacional, de Roma; la Residencia Panamericana, de México; numerosos colegios mayores y residencias universitarias cerca de las principales universidades del mundo (Roma, Londres, Dublín, Montreal, Chicago, París, Boston, Madison, San Luis, México, Caracas, Bogotá, Medellín, Quito, Lima, Manchester, Oxford, Santiago de Chile, Buenos Aires, Rosario, Montevideo, São Paulo, Colonia, Bonn, Sidney, Manila, Washington, Sevilla, Santiago de Compostela, Valencia, Zaragoza, Granada, Barcelona, Madrid, Pamplona, Nápoles, Palermo, y otras muchas ciudades universitarias de varios países); el Strathmore College de Nairobi (Kenia), centro interracial preuniversitario; centros de perfeccionamiento de idiomas, como el «Seido Language Institute», en Osaka, Japón; escuelas de arte y hogar para la mujer (Sevilla, Quito, Roma, Madrid, Montevideo, Barcelona, México, Caracas, Osaka, etc.); escuelas de formación profesional para la mujer, como la Kianda School, en Kenia; centros de enseñanza media: Gaztelueta, en Bilbao; Viaró, en Barcelona, y Culiacán (México); institutos de formación profesional obrera, como Tajamar, en Madrid; Xaloc, en Barcelona; Altair, en Sevilla; Chapultepec, en Culiacán (México); Elis, en Roma; Irabia, en Pamplona, etc.;

escuelas de práctica agrícola, como Torrealba, en Córdoba; Salto di Fondi, cerca de Roma; Montefalco, en México; El Peñón, en Cuernavaca (México); Las Garzas, en Chile, etc.; casas para retiros y convivencias; centros culturales y deportivos, como Peñavera, en Oviedo; Tajamar Deportivo, en Madrid; Brafa, en Barcelona; Midtown Sports and Cultural Center, en Chicago, y otras muchas labores de formación cultural o religiosa, centros docentes, dispensarios, etc., situados en países de los cinco continentes y abiertos a toda clase de personas, sin ninguna discriminación.

Los Estados se afanan por elevar las condiciones de vida de los niveles sociales económicamente débiles, así como del llamado Tercer Mundo, pues en ellos se dan con frecuencia la indigencia material y la necesidad perentoria de ayuda cultural y técnica. A este afán también están destinadas muchas de las tareas que ha impulsado Monseñor Escrivá de Balaguer, pues como él mismo señala: «Cuando los pueblos se aproximan entre sí, movidos por razones de espiritualidad y cultura, o simplemente por motivos de economía y de ayuda material y técnica; cuando surgen en extensos continentes naciones nuevas, necesitadas y deseosas de la atención de aquellas otras que les precedieron en la marcha de la Historia, la Iglesia, en su amor maternal por todos los pueblos, y en cumplimiento de su misión divina, ha querido también fundar instituciones docentes de carácter universal que, con el mayor ardor, y sin distinciones de raza, lengua o religión, participen activamente en esta nobilísima tarea» (Discurso en la Universidad de Navarra, 25-X-1960).

Con frecuencia, la prensa de todo el mundo ha recogido y reseñado las actividades desarrolladas en estos centros, destacando el interés cultural, humano, social y espiritual que esas actividades proyectan por su universalidad, que se manifiesta en el espíritu abierto a hombres de toda ideología, cultura, raza, etcétera. Todas estas labores sociales y educativas han estado siempre presididas por el afán de ejercer un hondo apostolado doctrinal. Un síntoma de ese afán es la preocupación constante del fundador del Opus Dei por potenciar la institución eclesial de la catequesis. Desde San Pío X a Pablo VI, pasando por Juan XXIII, este tema ha sido preocupación de la Iglesia.

«En las labores apostólicas del Opus Dei, la catequesis no ha faltado nunca. Desde el principio ha sido habitual elegir las parroquias más pobres, porque con frecuencia son las más necesitadas de esta labor, y además se estimula así mejor la generosidad y la caridad de los catequistas» (Monseñor Escrivá de Balaguer).



SU APORTACION A LA ESPIRITUALIDAD DE NUESTRO TIEMPO

SU APORTACION A LA ESPIRITUALIDAD DE NUESTRO TIEMPO



OSE María Bugella (**Patria**, 23 de octubre de 1960) decía que Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer ha aportado a la espiritualidad de nuestros días «el esquema de una nueva actitud cristiana ante los problemas del mundo en que vivimos»; y más adelante añá-

día: «Hay que decir que la obra de don Josemaría Escrivá de Balaguer consiste en revelar individualmente a los hombres la entrañable coherencia de sus destinos sobrenaturales y humanos. El Opus Dei resulta naturalmente de la verdad y realidad de esta misión, como nacen la vida del amor, la certeza de la verdad y la satisfacción de la justicia. El verdadero apóstol es todo lo contrario de un organizador; es un portador de la Gracia que transfigura y vivifica. Por eso el Opus Dei... es un organismo viviente; es la obra que acredita al buen obrero cooperador de Jesucristo».

El mismo escritor, al referirse a la idea de Monseñor Escrivá de Balaguer «sobre la restauración cristiana del hombre de nuestro tiempo», señala que ha tenido que actuar sobre un mundo descristianizado y ajeno a toda sensibilidad espiritual, pues las actividades humanas han seguido unos objetivos humanistas y «hasta las más sinceras filiaciones religiosas se consideran como signos de conciencia individual, desprovistos de significación civil»... «Pero este mundo laico —impenetrable al ascetismo— es nada menos que el mundo dado por Dios al hombre como reinado de su albedrío. Renegar de este mundo agresivo e incómodo es renunciar al deber apostólico de cristianizarlo»... «Don Josemaría Escrivá de Balaguer sabe que los ideales laicos que impulsan al progreso son ciegas tentativas de hallar a Cristo, único camino inconfundible de la verdad y la vida»... «Para que Cristo quede en la cima de todos los ideales y logros de la civilización, no hay que reclutar a los legos del mundo

para hacerlos prebendados en religión. La vanguardia para recristianizar al mundo han de ser los fieles seglares que consagran sus vidas a las grandes tareas de la humanidad, en peligrosos sectores de indiferencia, ignorancia o sectarismo».

Si hiciéramos referencia al comienzo de su labor, sería injusto no señalar que por aquel tiempo la ciencia sagrada —especialmente en España— desconocía toda una problemática que bajo diferentes nombres ha ido apareciendo en estos últimos años sobre la espiritualidad y misión eclesial de los laicos. Existía además en el ambiente la idea de que un fiel corriente no podía aspirar a una perfección cristiana más allá de unas cuantas devociones y obras piadosas. La misión de los laicos parecía consistir en constituir grupos más o menos coherentes en la acción, que hicieran posible la vida de la Iglesia en la nueva sociedad impregnada de anticlericalismo.

El proceso de secularización de la sociedad había traído consigo que la espiritualidad sólo encontrase un cierto ambiente propicio en las clases sociales que tenían acceso a determinados centros educativos dirigidos por los religiosos. La espiritualidad era por eso, entonces, más bien «burguesa», y la acción eclesial de los fieles corrientes alcanzaba poco más allá de las catequesis, algunas obras benéficas y la acción de penetración religiosa en la vida pública. Supuesto el planteamiento doctrinal, aún no desarrollado sobre la misión de los laicos en la Iglesia, y las condiciones de hecho en que la sociedad se encontraba, difícilmente se podría esperar otra cosa.

Por eso, es más significativo que Monseñor Escrivá de Balaguer, abriendo camino a través de esas circunstancias, comenzase entonces a enseñar que «la Iglesia, conducida por el Espíritu Santo, no atraviesa este mundo como una carrera de obstáculos, estudiando el medio de evitarlos y

haciendo curvas, según la línea de menor resistencia; por el contrario, la Iglesia marcha sobre la tierra con un paso firme y seguro, trazando el camino, consciente de llevar en su seno el **signo de contradicción** que se opone a la ruina, y la salvación de muchas gentes... La Iglesia no ha cesado de impregnar al hombre de santidad. En los comienzos se dedica a transformar la sustancia de su alma —esto es siempre fundamental— y debía, en consecuencia, separarle del ambiente y también del sector humano... En el presente, en este mismo mundo, surgen estos apóstoles que se lanzan para santificar todas las actividades humanas».

Porque el cristianismo se había convertido «en un modo de vida particular —a veces raquítico— en vez de vivirlo simplemente como nuestra vida; y he aquí por qué nos asombramos de que haya gentes que quieran ser simplemente cristianos y nada más; pero también nada menos. El santo de nuestra época será un cristiano cuya única particularidad consistirá en vivir plenamente el amor de Cristo, liberado de todo, excepto de Jesús».

Esta fe viva en Jesucristo es fundamento del optimismo cristiano y de la alegría que atraviesan el espíritu del Opus Dei. A este respecto ha escrito Monseñor Escrivá de Balaguer: «La alegría es uno de los medios que nos da Dios para hacer el bien; porque el Señor se sirve de la alegría y de la serenidad para llevar su luz y su paz a las almas». «Alegría: todo es bueno para los que aman a Dios. En la vida todo se puede arreglar, todo menos la muerte. Y para un cristiano, la muerte es Vida». Esta es la razón de que el cristiano pueda correr el riesgo de vivir: «Para andar hay que tener un pie en el aire, no se puede andar con los dos pies pegados al suelo. En toda empresa humana siempre hay una posibilidad de fracaso, de que salga mal. Pero si uno se queda con los pies en el suelo, nunca haría nada».

La espiritualidad del Opus Dei da formación a las almas para una acción cristiana en medio de la sociedad, que ha de ser vivida con una libertad plenísima —y con personal responsabilidad— «en todo lo temporal, en todo lo que no es de fe, en todo lo que la Iglesia deja a la libre discusión de los hombres. Por eso el Opus Dei no ha tenido, ni tiene, ni puede jamás tener una determinada posición corporativa en esos asuntos».

Esta libertad personal de los socios del Opus Dei es, sin duda, una de las más decisivas características de la obra de Monseñor Escrivá de Balaguer y, por ello mismo, su doctrina sobre la libertad del laico en la Iglesia es una de las contribuciones más claras a la espiritualidad del laicado. He aquí unos textos significativos: «Aquel hijo mío que está trabajando en el campo; el otro, obrero, que tengo yo en el

corazón —obreros de todo el mundo—; los que están enseñando, adoctrinando con libros, escritos, con la profesión intelectual: libérrimos, todos libérrimos. Yo no tengo nada que ver con aquello, ni el Opus Dei tampoco. Cada uno responde de sus obras. Son libérrimos *in libertatem gloriae filiorum Dei*». «Una de las características que más atraen a quienes se acercan a la Obra, es que abrimos las puertas de nuestras casas a todo el mundo, a todas las personas, sin preguntarles nada sobre su opinión política. En el Opus Dei cada uno piensa como quiere, mientras no ofenda a Jesucristo». «Somos amigos de la libertad: defendemos la libertad en todos los sitios, respetamos la libertad de las conciencias; y queremos llevar a todas las almas a Dios, atrayéndolas con la gracia de Dios, con la doctrina y con el ejemplo». «Si el Señor ha dejado muchas cosas a la libre disputa de los hombres, ¿por qué tiene que ser enemigo mío un hombre que piense de modo distinto como pienso yo?».

Se comprende así que el Opus Dei acoja en su seno «hombres y mujeres de todas las categorías sociales, célibes y casados, que permanecen en el mundo, o mejor, que pertenecen al mundo —pues son, en efecto, simples laicos— y que aspiran, por vocación divina, a la perfección evangélica y a llevar la luz de Cristo a los demás hombres que le rodean, por medio de la santificación del trabajo ordinario».

Pues la santidad no mira con hostilidad las cosas de esta tierra: «Nuestra misión es la misión de almas contemplativas en medio del mundo. Estamos lanzados en el torrente circulatorio del mundo y llevamos nuestra celda con nosotros. Nos acompaña por todas partes; en las calles, en las escuelas, en los talleres, en las fábricas de nuestras ciudades», porque «recogerse no es alejarse, aislarse. Es abrir los brazos. Es recoger en Dios a los demás y a las cosas que nos rodean».

Si quiere entenderse la significación completa de Monseñor Escrivá de Balaguer en la espiritualidad contemporánea, no puede olvidarse que al Opus Dei pertenecen no sólo laicos, sino también sacerdotes, que no son, claro está, religiosos, sino sacerdotes seculares diocesanos. Una de las características con que desarrollan el ministerio sacerdotal —servicio humilde a todos los hombres— es la repulsa expresa de todas las formas de clericalismo, de ilegítima intromisión en la autonomía de los laicos, que obedecen siempre a lo que el Fundador del Opus Dei ha llamado «mentalidad clerical», es decir, espíritu de grupo privilegiado y dominador. Para los sacerdotes de la Obra, lo mismo que para los laicos, pide a Dios Monseñor Escrivá de Balaguer que tengan «mentalidad laical y alma sacerdotal».

Se comprende que tal espiritualidad haya encontrado eco en el hombre de nuestros días, del que dan testimonio los millones de lectores de CAMINO. En este libro se encuentran los principios básicos de aquel espíritu; la actitud expectante ante la gracia, el sentido de la filiación divina como eje del vivir cristiano, la piedad como anhelo que inspira todas las acciones, el amor a la Iglesia, la devoción a María, la realidad de la Comunión de los Santos... Para CAMINO, la vida cristiana es sumergirse en el misterio de Cristo, por el cual cobran valor las pobres aportaciones humanas: «Echa lejos de ti esa desesperanza que te produce el conocimiento de tu miseria. —Es verdad: por tu prestigio económico, eres un cero..., por tu prestigio social, otro cero..., y otro por tus virtudes, y otro por tu talento... Pero, a la izquierda de esas negaciones, está Cristo... Y ¡qué cifra inconmensurable resulta!» (CAMINO, 473).

El aliento evangélico de esta espiritualidad late en todas las páginas de CAMINO. Son continuas las referencias a los cuatro Evangelios, a las epístolas —singularmente a las paulinas—, a los libros más jugosos del Antiguo Testamento. Todo CAMINO es una invitación a leer la vida de Jesucristo: «Ojalá fuera tal tu compostura y tu conversación que todos pudieran decir al verte o al oírte hablar: éste lee la vida de Jesucristo» (CAMINO, 2). Esa meditación constante de la Escritura hace que, en ocasiones, el autor enmudezca ante el Libro Sagrado, como en el punto 385. Dice el Señor: «Un mandato nuevo os doy: que os améis los unos a los otros. En esto conocerán que sois mis discípulos». —Y San Pablo: «Llevad unos la carga de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo». —Yo no te digo nada». En la misma medida en que un cristiano hace de la Sagrada Escritura fuente de su piedad **personal**, en esa misma medida se capta que CAMINO «bebe en la fuente clara» de la Biblia.

Un profundo y sobrio espíritu litúrgico se puede observar en esta espiritualidad, desde sus mismos orígenes.

Resultan hoy particularmente actuales estas líneas de CAMINO: «Me viste celebrar la Santa Misa sobre un altar desnudo —mesa y ara—, sin retablo. El Crucifijo, grande. Los candeleros recios, con hachones de cera, que se escalonan: más altos, junto a la Cruz. Frontal del color del día. Casulla amplia. Severo de líneas, ancha la copa y rico el cáliz. Ausente la luz eléctrica, que no echamos en falta.

Y te costó trabajo salir del oratorio; se estaba bien allí. ¿Ves cómo lleva a Dios, cómo acerca a Dios el rigor de la liturgia?».

Hace más de treinta años, Monseñor Escrivá de Balaguer escribía: «Han afeminado el culto: lo han hecho dulzón y suave. Hablo en la presencia del Señor, y creo que mi

Ángel Custodio me mueve a escribir: quiero hacerlo con caridad y claridad. Permittedme, pues, esta digresión.

Mucha luz eléctrica, en el retablo y hasta en el tabernáculo de la Exposición. Bambalinas y teloncillo de teatro provinciano. Floripondios de papel y trapo. Imágenes relamidas, de pasta flora. Puntillas y primores femeniles, en las albas y en los manteles. Cacharros feísimos —la última moda: los vi hasta en una famosa catedral— sobre el altar y aun sobre la misma ara. ¿Dónde está la Cruz? Apenas se ve, entre la baránda de nubes de algodón y docenas de velas de procedencia química. Cánticos de opereta.

Esto, en lo material. No quiero hablar —no debo: faltarla a la caridad— del ambiente **PIADOSO**, ordinario en esas **FUNCIONES** (no cultos) que llevan semejantes preparativos.

Hijos, volvamos a la sencillez de **LOS PRIMEROS CRISTIANOS**: riqueza, cuanta podáis, pero jamás a costa de la liturgia. Arte serio, lleno de grave majestad. Nunca, floripones ni luz eléctrica. El retablo **retro tabulam**: a su sitio, detrás del altar, como algo accidental. La Santa Cruz y el ara —completamente aislada la mesa del altar— ocupen el lugar sobresaliente.

Que el canto gregoriano, pausado y solemne, sea expresión de vuestra piedad varonil».

Con razón se ha podido escribir de Monseñor Escrivá de Balaguer —«este pionero de la santidad laical»— que él «pide a sus hijos, esparcidos en los cinco continentes, nada más que esta santidad de la entrega y de la consagración del mundo; no la adhesión a una determinada táctica operativa o a una particular teoría, sino el compromiso en la búsqueda de la perfección cristiana, en y a través de la propia condición personal, familiar, social, profesional».

Y, rematando esta idea, comenta J. B. Torelló, que esta unidad de vida la viene difundiendo el Opus Dei entre toda clase de hombres y mujeres desde 1928 hasta nuestros días, dándose el fenómeno nuevo de que «arrastra a su órbita —que nunca está cerrada ni puede aislarse— incluso a personas de otras religiones».

La espiritualidad que Monseñor Escrivá de Balaguer presenta a todos los hombres es «tan universal que puede gozosamente y completamente ser vivida por una empleada suiza, un mecánico romano, un negro americano profesor universitario, un minero asturiano, un agricultor australiano, un periodista francés, un teólogo alemán...».

Esta es la realidad de su aportación a la espiritualidad de nuestro tiempo, espíritu concretado en miles de vidas, miles de almas que buscan a Dios, y en Él la paz y la comprensión para con todos, en medio de sus quehaceres cotidianos.

«Estamos lanzados en el torrente circulatorio del mundo, y llevamos nuestra celda con nosotros. Nos acompaña por todas partes: en las calles, en las escuelas, en los talleres, en las fábricas de nuestras ciudades...». (Una clase de pintura en el Roca Club, de Madrid.



UNIVERSIDAD DE NAVARRA
BIBLIOTECA DE HUMANIDADES